



Fernando Espinosa

Título de la monografía: “En busca de una dialéctica propia. Un camino en Rolando Toro”

2023

Didacta Guía: Román Mazzilli

En busca de una dialéctica propia

Un camino en Rolando Toro

A José Luis Parise, maestro, faro.

Y a Emilse Inés Pola, quien abrió la puerta.

Índice

Introducción	4
El sublime arte de los contrastes	5
En busca de una dialéctica propia	10
Falsas dialécticas	13
¿Emociones vs. Intelecto?.....	13
¿Danzar solo o bailar con otros?.....	15
Luz-sombra	17
Una reconfiguración del mundo	19
Conclusión.....	23
Referencias bibliográficas.....	25

Introducción

Durante muchos años, mantuve un enfrentamiento silencioso ante la palabra de Rolando. Mi relación íntima con él estaba atravesada de tensiones, como ocurre con un padre al que –a la vez- se necesita y se resiste.

Me involucraba con creciente entusiasmo un mundo creado y diseñado por él: las clases, las maratonas, la selección que dejó de músicas como un legado para la posteridad. Y al mismo tiempo, encontraba siempre motivos para discutir alguna de sus afirmaciones. Habitaba su mundo y lo discutía a la vez, como un personaje de una novela que repentinamente entablara una pelea encarnizada hacia el propio autor.

Oscilaba entre dos extremos. Me fascinaba el carisma, un halo de hechicero, chamán. Eso me llegaba a través de lo que me transmitían facilitadores y compañeros, y de lo que me producía a mí ver los videos de entrevistas en internet. Y al mismo tiempo, algo en mí se cerraba ante su palabra, las imágenes extasiadas del universo y de la vida como algo completamente desbordante.

Hay en él una vibración desmesuradamente poética, a la que mi estructura más concreta y racional se resiste.

En cualquier caso, tanto en la fascinación con su figura, como la resistencia ante su palabra son dos extremos de una misma cuestión. No lograba hacer de Rolando algo propio, que me pudiera llevar a mi cotidianeidad, que alimentara mi vida. Entendía que había mucho para aprender, de un hombre que logró tocar algo expansivo, con efectos casi planetarios. Pero no sabía desde qué lugar abordarlo.

Hace cuatro años conocí la Enseñanza de José Luis Parise, psicoanalista, investigador, generador del Método de los Once Pasos de la Magia. El Método reúne –sintetiza- una misma lógica que Parise ha encontrado en diferentes culturas Iniciáticas, de distintos lugares del mundo y situadas en diferentes épocas. Recorrí plenarios y me anoté en diferentes actividades. Aclaro que no hice la formación para Enseñar el Método. Simplemente, su Enseñanza fue entrando en mi universo y transformando mi perspectiva.

Desde esta nueva mirada, me propuse retornar a Rolando. Decidí que mi monografía fuera una vía para ir más allá de esta oposición típica que generan en la masa los que rompen los moldes: ir más allá de Rolando genio o Rolando loco, de ángel o demonio. Y sobre todo, encontrar en su

vida, claves que me permitieran apropiarme de su legado, y casi inventar mi propio Rolando. Escuchar qué es lo que tiene Rolando para Enseñarme en lo particular. Me interesó tanto sus textos, como lo que puedo reconstruir de algunas escenas de su vida. Como dice el Maestro Parise, saber es fácil. Lo que hay que mirar de un Maestro, es su vida, o qué es lo que hace en su realidad con eso que sabe.

Una aclaración más: cito a Parise en contadas oportunidades, a lo largo de la monografía. Pero su influencia es total, es como una inspiración que atraviesa todas estas páginas.

El sublime arte de los contrastes

“Dame tu luz” (Rolando Toro)

Una de las cuestiones que más me impresionan de Rolando es que –siendo una persona que, a tono con la época, podríamos llamar amorosa, incluso positiva- jamás se ahorra el paso del repudio de la torpeza y la ignorancia. Rolando inventa –o metodiza- un camino para que recorra la humanidad y sin embargo no hay vez que se prive de acechar la brutalidad de lo humano.

Recuerdo a Rolando hablar del horror en los psicoanalistas, ante su decisión de peinar a una paciente. Recuerdo a Margarita Karger contando de una conferencia en Alemania en la que Rolando centró sus palabras en un larguísimo repudio al nazismo. Vi videos en los que Rolando interroga a los mismos facilitadores –sí, a su ejército de biodanzantes- cuando debilitan su posición y se preocupan más por la cantidad de alumnos que por la mística del movimiento (creo que la expresión es algo así como que “cuidan su quintita”).

Ese espejo del horror es una constante, como también lo es la semilla, el árbol, el abrazo. En sus mejores momentos, esos dos polos aparecen casi al mismo tiempo erigidos por la arquitectura de su palabra. El lector nunca puede acomodarse, no sabe qué le espera en la siguiente frase. Hay ahí una estrategia, que –saludablemente- desconcierta totalmente al yo.

Ese contraste deslumbrante de luz y sombra es constante y se remonta a los orígenes de la Biodanza. El contraste de luz y sombra está presente desde el relato mismo de origen de la Biodanza. Hay grabaciones en internet en las que Rolando dice que el sistema nació de la angustia ante la guerra y el nazismo: la necesidad de una respuesta urgente ante el caos y la

desintegración. Eso contrasta con las cartas que escribe Rolando a su primera mujer, cuando se desempeña como docente en una escuela, y en la que le relata su intención de generar un gran movimiento que despierte a la humanidad a través de la danza. Son textos inspirados en la belleza y que aparecen impregnados de un sentimiento muy emotivo, de un enamoramiento hacia la vida, a la humanidad y a la naturaleza.

Dos frases semilla y que al mismo tiempo parecen tan contrapuestas. El origen de la Biodanza como un eco de la belleza del mundo, del juego y la afectividad. El origen de Biodanza como antídoto ante la violencia y la estupidez, como respuesta motorizada por la angustia y la desesperación.

En el cruce de esos dos hechos –que solo existen en esta página-, hay algo que nos deja completamente perplejos. ¿Cómo es posible que todo eso exista a la vez en el mismo hombre? Sería tan fácil jugar al “desengañado”, asumir la brutalidad de la especie, adoptar la posición del cínico que se ríe de quien propone danzar para cambiar el mundo. Como también parece allanado el camino para quien quiere embriagarse en el perfume de la flor, subir el volumen de la música y cerrar la cortina a todo aquello que imprime disarmonía. La potencia del discurso de Rolando radica, en cambio, en su decisión de contener en sí mismo esos mundos antitéticos: en desarrollar esa capacidad extraña de recordar el horror del mundo mientras danza en pleno éxtasis, y de hacer presente el vuelo de la Danza cuando resuenan el ruido de las bombas de lo peor del humano.

Y me interesa no solo porque ese paisaje tan contrastante resuena enormemente en un momento como el actual, en que otra vez la humanidad se pierde y rebota infinitamente contra la torpeza de las guerras, de las clausuras y los autoritarismos. Me interesa también por cuestiones autobiográficas.

Creo entender una lógica en las respuestas de Rolando. Quiero contar tres episodios de mi recorrido en Biodanza, a modo de introducción a la monografía.

Hay un género que podríamos llamar sorpresas que da la Biodanza (sorpresas te da la vida). Muchas veces escuché relatos de vivencia en que las personas hablaban de conclusiones impensadas a las que habían llegado luego del recorrido de la danza. Sorprenderse de lo que uno dice es, en Biodanza, una de las experiencias más frescas, una victoria de la Danza ante la burrada del yo atornillado a los valores, al “yo eso no lo voy a

permitir”, al “yo soy una persona que...”.

Postulo que se puede medir el grado de transformación por la aparición de nuevas palabras en la vida de las personas. No me refiero –claro está- a la incorporación de frases de moda, algo terriblemente normal y que entiendo como parte de la desesperación del ego por ser aceptado, reconocido. Esa necesidad siempre un poco boba de camuflarse bajo la promesa de que así finalmente serás aceptado. Me refiero a un proceso mucho más extraño y concluyente. De pronto, en alguien empieza sin entender muy bien por qué a relacionarse con la valentía. Y cuando abre un libro, entre todos los personajes de una historia, se identifica con la acción del más valiente. Y de pronto, entre todas las noticias del diario, sus ojos se detienen en una historia que muestra una acción decidida y comprometida de algún personaje x. Y más tarde, en medio de una reunión con amigos de toda la vida, se encuentra tomando una postura valiente por la que se anima a hablar de algo que nunca habló. Ahí no hay duda, hay algo que en esa persona está moviéndose, transformándose, y en donde el encuentro con un nuevo significante es la manifestación más visible de un proceso completamente interno y profundo.

Después de mi segundo Minotauro, Emilse habló de la determinación y yo asumí que –entre otros posibles destinatarios- esas palabras estaban dirigidas a mí. Mucho de mis desafíos habían tenido que ver con eso. Esa palabra me interrogaba por completo, hacía temblar –y aun hace, por eso escribo- todos mis esquemas mentales. Me parecía cosa de empresarios, de personalidades asertivas que me llenaban de sospechas. Estaba convencido. Cualquier toma de posición, era negar infinitas posibilidades. Alguien que se definía era, por lo tanto, un débil en el fondo, que no toleraba la contradicción, que se necesitaba simplificar las cosas. Obviamente, lo exagero un poco, pero no tanto.

Tiempo después un amigo me hizo una entrevista para su pod-cast de Biodanza. Muy gentilmente, escribió en el whatsapp las preguntas que me iba a hacer ese mismo día. Caminé veinte cuadras hasta su casa, pensando y estructurando mis respuestas al detalle. Matices y agudeza era mi lema en ese entonces. Y eso es lo que me parecía más aprovechable para el podcast. No recuerdo que dije, pero estoy seguro de que cuidé que todo sentimiento fuera cuidadosamente matizado –y hasta contrarrestado- por su opuesto. Así, en la sutileza, en la diversidad de mínimas observaciones emergería una verdad única y, sobre esa verdad podría estar seguro de escribir mi nombre.

Unos días después, Emilse que había escuchado esa entrevista me dijo como al pasar: “escuchá el laberinto de tus palabras”.

Todo eso a mí se me aparecía como un Koan de un maestro Zen, que me llenaba de perplejidad. En el laberinto, las personas se pierden, y yo me creía muy seguro y muy “encontrado”, mientras empezaba a llenar de matices mi discurso, hasta hacer que nada pudiera quedar en pie.

Y finalmente, en un taller de Arquetipos ocurrió el tercer fenómeno que yo entiendo casi como el un significativo golpeando a mi puerta. Luego de un cuestionario, los facilitadores asignaron arquetipos a cada uno de los danzantes. Mis respuestas hicieron que se me asignase danzar Orfeo y Hermes. Recuerdo la danza de Orfeo como algo totalmente armónico, sutil, fresco. En cambio, en el compañero que danzó a Zeus creí ver a la corporización del mismísimo demonio. Al día siguiente, comenté que algo de esa fuerza y esa dirección para mí tenía que ver con lo militar. ¡Horror, mala palabra!

Preso en las dialécticas. Algo en mí decía muy primariamente que lo armónico y sutil era “bueno”, mientras que la fuerza, el vigor y la potencia era “malo”. Tachar de plano a la parte del mundo que no gusta es – paradójicamente- muy abusivo. En nombre de una supuesta libertad y armonía, algo en mí cerraba todas las puertas. Un rato después recordé que eso que mi psiquismo trataba de simbolizar como “militar” tenía mucho que ver conmigo. La mayor parte de mis tíos abuelos –una parte de la familia que solo vi en contadas ocasiones- son precisamente militares.

No quiero ahondar más en cuestiones personales. Solo lo necesario para introducir el tema de la monografía y parte de mí recorrido. Me propuse contactar con la vida de Rolando, a través de algunas declaraciones, de sus textos y modelos teóricos casi como andar un camino, un aprendizaje. Me acerqué a él con una pregunta: ¿qué es lo que funciona tan bien en Rolando? ¿Qué es lo que lo hace al mismo tiempo tan fuerte, decidido, a veces tajante y al mismo tiempo afectivo? Escribir para armar en mí –y en quien resuene- nuevos surcos, nuevos caminos y respuestas. Así pienso la monografía mientras escribo y releo, como el trabajo de arar un campo. Ese campo es psíquico, inconsciente.

En el polo superior del modelo teórico de Biodanza, la palabra Identidad aparece escrita al lado de Integración. La Identidad –cuando es consecuencia de una Decisión propia- está dentro del mismo campo de sentido de la palabra Determinación. Uno y otro término se pueden fácilmente pensar juntos. Quien asume una identidad en lo social, suele ser visto como una persona “determinada”. Decir “quiero x cosa”, “me gusta z”, supone posiciones determinadas que construyen identidad.

Al mismo tiempo, el yo hace de la identidad y de la determinación lo peor.

Toda guerra se sostiene en procesos de identificación que se asumen llenos de determinación.

La palabra Identidad y la Integración juntas tiene para mí un sentido práctico. Sugiere inmediatamente que se trata de una identidad sostenida con firmeza y compromiso y a la vez bien distinta de la guerra que el yo hace de eso. Ir más allá de lo más básico y destructivo del ego, supone un proceso con dos pre-condiciones. Es necesario una toma de posición, que debe asumirse con firmeza y al mismo tiempo requiere de integrar aquello que desde el yo no se puede integrar.

Un seguimiento de diferentes intervenciones de Rolando me muestra que esa es parte de su estrategia para trascender las oposiciones del ego. No hay vez que Rolando no trastoque las falsas antinomias del yo, no hay vez que no se encargue por tanto integrar lo que en lo social se presenta como antitético, no hay vez que Rolando no se encargue de ir en busca de una dialéctica propia.

.

En busca de una dialéctica propia

La anécdota es conocida. Rolando prepara una clase en el neuro-psiquiátrico en el que trabajaba. Utiliza –según sus palabras- músicas “armoniosas, de gran belleza y armonía”. Durante la clase, ve los rostros en éxtasis de los enfermos. Esa imagen –que usa Rolando cada vez que hace referencia a ese episodio- me parece preciosa. Muestra clarísimamente que su respeto por lo sagrado y por la vivencia estaba ahí desde mucho antes de que existiera la Biodanza. Es la frase del chamán que se deja atravesar por la vivencia que el mismo induce con sus músicas y sus cantos. Es la frase de Alguien que decide entrar en la escena, que tiene ese coraje desde mucho antes de entender qué es lo que está ocurriendo.

Al día siguiente, Rolando se encontró cara a cara con la furia del yo. Las enfermeras despotricaban porque no habían podido dormir por los gritos de los enfermos, los profesionales aseguraban que se habían acentuado los delirios. A Rolando, todo eso le produjo una gran alegría.

Este tramo de la historia me alucina. ¿Cómo alegría, Rolando? ¿No ves que toda la institución está en contra de tu psico-danza? ¿No sentís un deseo irrefrenable de pedir perdón, de decir “yo no quise”, “jamás pensé” y todas esas cosas que se dicen cuando simplemente se acabaron las palabras? ¿No pensaste todo esto es un delirio? ¿Cómo se me ocurrió? ¿Juro que nunca más!? No. A Rolando eso le produjo una gran alegría.

Parte de lo que me alucina –y que me quiero llevar a mi vida-, es esa capacidad de Rolando para mantenerse en presencia mientras transcurre la comedia del yo. La certeza firme y amorosa a la vez de quien mira desde otro lugar. Y puede ver la estupidez humana, la necedad de las instituciones, con una claridad total y hasta hacer de eso algo cómico.

La otra parte que me alucina es la razón que alegró a Rolando. Ahí mismo entendió que la música es capaz de tocar el núcleo de las alucinaciones. Es decir, ahí donde el mundo veía “caos”, “pocas horas de sueño”, “música, mala, mala”, Rolando seguía mirando desde otro lugar. En cierto sentido, lo que hizo Rolando ahí es lo que toda tradición iniciática sostiene: nombrar. Rolando nombró. A eso que llaman caos, delirio, a eso que los yoes afirman que no debería haber sucedido, Rolando lo nombró Regresión.

Es heroico y llena de emoción cuando un hombre o una mujer, siguen pensando –y también formulando- categorías mientras transcurre la tormenta. Cuando los cuerpos se ponen densos, y la energía más entrópica

del mundo empieza a “chupar”, muy pocos pueden sostenerse ordenando el cosmos con sus propias categorías. La energía arrasa con todo, y poco a poco los pensamientos más absurdos empiezan a poblar nuestras mentes: “yo, al final, no sé para qué lo hago, si acá nadie me agradece”, “si al menos me pagaran”, o lo que fuera.

Rolando, en cambio, me trae una lección descomunal, la de quien, a pura decisión y coraje, cuando la tormenta arrecia, se mantiene pensando desde el centro quieto del tornado.

A Eso, hoy, yo lo llamo Amor.

No otra cosa dice Rolando: “el Amor es una potencia organizadora que hay dentro del ser humano, y que trasciende lo individual, tiene un sentido global, irradiante, poderoso, integrador”.

Otra vez desafía mis límites de comprensión. Amor y orden me parecen términos completamente lejanos. Es más, hasta en cierto sentido podría decir que es igualmente sorpresivo la proximidad entre amor y potencia.

¿Qué es amor? Probemos decir esa palabra en una reunión y pidamos asociaciones. Me atrevo a imaginar: abrazo, confianza, beso, contenerse, acompañarse, ¿necesidad del otro? Digo solo algunas de las palabras que pueden aparecer. Difícil que alguien se le ocurra decir desde el sentido común potencia, mucho más aún armar de orden.

No conozco las circunstancias de su vida, no sé hasta donde llegó Rolando con su verdad –no es mi intención armar en él un ídolo-, pero sí entiendo que esa mañana en la institución Rolando hizo un acto de amor (y en un lugar que es absolutamente extraño). Rolando decidió abrazar aquellos conceptos a los que apostaba por entonces, con firmeza. Escribo esto para que me funcione como una marca, para recordarlo cada vez que empiezan a arreciar las bombas del día.

El constructor de dialécticas

Veamos la cuestión un poco más de cerca. Una noche apacible, en la que los enfermos reciben su medicación y se dejan caer en los colchones y ni se los escucha hasta la mañana siguiente. ¡Eso es bueno! Inmediatamente, eso sitúa el par negativo. Cualquier propuesta que altere las rutinas, que quiebre la dinámica al interior de la institución es indeseable. ¿Qué hay, entonces, en el planteo de las enfermeras “la noche fue un desastre no

podimos dormir”? Una dialéctica del ego.

A mí me parece absolutamente aprovechable porque es algo que sucede todo el tiempo en el neuro-psiquiátrico que todos llevamos dentro. No hay vez que no se disparen automatismos que ordenen hacia donde deberíamos o no deberíamos llevar nuestras vidas. La dialéctica bueno/malo es muy fácilmente reconocible por lo primaria, básica, como una dialéctica típica del ego, del niño en nosotros que pretende hacerse creer que puede decidir, que tiene con qué.

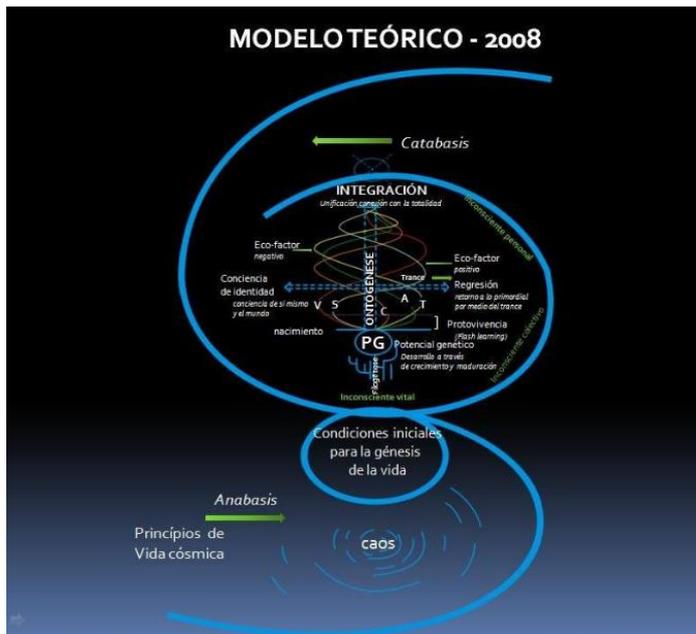
Y no es extraño, visto desde este lugar, que esa escena haya derivado finalmente en Rolando direccionando sus pasos hacia la generación de una dialéctica.

Rolando parte del caos. Enfermeras enojadas, psiquiatras enarbolando el DSM, internos luego de una noche de delirio. Hay que imaginarse esa escena. Un joven que cuenta con algunas lecturas psicoanalíticas, con Jung, con su amor por la música, enfrentándose a todo ese escenario institucional desbordado. Y ante eso, como vimos, Rolando nombra: aquí lo que ocurre no es ni pocas horas de sueño, ni locura, lo que hay aquí es un fenómeno regresivo.

¿Qué hace, entonces, el viajero Rolando? Busca la causa. Avanza hacia atrás (increíblemente también puede ir hacia adelante, yendo hacia atrás). Podría haber simplemente dicho “salió mal”, “intentaremos otra vez”, “la próxima lo haremos mejor”. Rolando parte en viaje al origen. ¿Qué es lo que despertó –como una cápsula sutil- las alucinaciones en los internos? No pierde la pista. Tiene que haber algo en la música clásica, en lo armonioso y sutil que despierta un proceso regresivo.

Una vez que entiende que lo que ahí ocurre es un fenómeno regresivo, el viajero Rolando parte en busca del par opuesto: la identidad. Entiende que si hay músicas que despiertan procesos regresivos, tiene que haber otras que faciliten procesos de afirmación de la identidad.

¿Qué está haciendo? Está armando un mapa.



Es impresionante que el modelo teórico que hay colgado hoy en día en todas las Escuelas de Biodanza del mundo se haya forjado en medio de psiquiatras sesudos y enfermeras enojadas. Es algo así como escribir un poema en medio del campo de batalla. Un hombre presionándose a sí mismo a ir más allá de su propio hallazgo.

Y a Ese Presionarse a continuar nombrando, a lo que yo decido llamar Deseo.

Falsas dialécticas

¿Emociones vs. Intelecto?

“La inteligencia emocional que han introducido las empresas. La inteligencia emocional no existe. Cuando estás emocionado no tienes capacidad para tomar decisiones. ¿Qué decisión vas a tomar si tienes rabia o miedo? Las decisiones solo se pueden tomar cuando hay afecto para la vida y se ponen al servicio de la vida. Un vendedor emociona al cliente para poderle vender. Usted quiere un par de lentes, le va a quitar diez años de edad. Empieza la emoción narcisística. Elija usted, porque tiene buen gusto. Los estímulos emocionales que hace el comercio, son una farsa y una estafa. La inteligencia afectiva pone la inteligencia al servicio del

amor”.

¿Qué hay aquí? Una misma operación. Un trabajo de artesano, de orfebre. Escucha el mensaje de la cultura –de lo más bajo de lo humano-, lo pule hasta entender cuáles son allí las tensiones fundamentales, y los resignifica desde un lugar completamente novedoso y usable.

La primera dialéctica que hay ahí encerrada es la de mente/cuerpo, pensamiento/emoción. Rolando no se detiene ante la disyuntiva entre priorizar el cuerpo –“bajar” al cuerpo, como se acostumbra a decir hoy- o permanecer en la parte “alta” de la mente. No hay una toma de partido –al menos en esta frase- por el bando de “los mentales”, ni por el de los “emotivos”. Y va también mucho más allá de eso. Descubre que bajo la expresión “inteligencia emocional” está escondido el yo, el ego, con su silencioso y continuo trabajo de llenar todo de barro. La “inteligencia emocional” es la inteligencia y la emoción puesta al servicio del yo.

El golpe de Rolando es certero como el de los artistas marciales que atraviesan las pilas de maderas, y toma por las orejas a la ameba del yo que se escondía detrás. La inteligencia, desde el yo, deviene en cálculo, egolatría. Rolando lo llama “astucia”. No sé si es el término más preciso, pero puedo entender el concepto. Rolando habla de toda la inteligencia puesta a alterar la realidad del otro para “sacar provecho”. Y es contundente. Lo llama estafa.

Y las emociones al servicio del yo, se transforman en sustancia que debilita, que resta capacidad de Decisión. Es fuertísimo. ¿Cuántas veces nos encontramos diciendo “es que yo siento” como si fuera la última palabra más allá de la cual no hay interrogación posible? Y también tantas veces escuchamos el “y bueno, si lo sentís tenés que hacerlo...”. Aquí, JL Parise me sacó del laberinto. Aprendí al escucharlo que el yo tiene tanto la vía del deber –la del Amo- que pretende imponer sus concepciones e ideas, como también las de las emociones.

Escuchamos cada vez que “hay que seguir las emociones”. Pero, ¿hay algo más cambiante que las emociones? Una misma persona puede sentirse entusiasmado al despertar, desconcertado al mediodía y profundamente deprimido al atardecer. Los efectos de la luz, el influjo de los planetas, las noticias del diario, cada una de esos desplazamientos inciden sobre el seguidor de emociones. Si decimos que hay que seguir las emociones, ¿cuál de todas? ¿Debería seguir el entusiasmo de la mañana y en cambio alejarme del desconcierto del mediodía?

Ya Spinoza enseñó que las pasiones son la forma más primaria del conocimiento. Aun con la mínima diferencia entre pasiones tristes y

alegres, queda claro que no hay Existencia en la deriva infinita de los estados de ánimo.

Es ahí, que Rolando da el golpe que transmuta la dialéctica, que gira 180 grados y señala un nuevo rumbo. No se trata de inteligencia o de afecto, sino al servicio de qué se encuentra. Y Rolando dice “al servicio del afecto, de la vida”.

Es muy fuerte la expresión. ¿Cómo puede ser? Rolando, te habrás equivocado, Biodanza llegó para que seamos libres, ¿cómo es eso de ponernos al servicio? Eso ya fue, estamos en el siglo XXI.

Rolando dice que se trata de “servir” al afecto, a la vida. Ese acto de servicio es el que reordena todo, tanto la inteligencia como la emoción. Y la operación ya está resuelta. Ha mirado con esa sonrisa irónica de viejo sabio ante los productos de feria del ego -¿emoción o inteligencia?-, ha meditado suficientemente en la cuestión y ya nos mira a todos con los ojos brillantes y lleno de orgullo, sosteniendo ante el mundo su dialéctica propia: inteligencia y emociones al servicio del yo o al servicio de la vida.

¿Danzar solo o danzar con otros?

Camino individual vs Camino colectivo

La historia de la humanidad está signada por esta antinomia. Colectivismo o individualismo. Indiferenciación en la masa o el “sálvese quien pueda” propio del liberalismo. Hay danzas colectivas, tribales y otras que giran en torno del lucimiento de la figura principal. El diván en el que el paciente reverbera infinitamente sus dilemas o las sectas que proponen salvarse en la fusión con el grupo. Rolando no se conforma con seguir caminos pre trazados.

En el módulo de identidad, dice Rolando: “Nuestra identidad se revela en presencia del otro”. De movida, imposible no dar cuenta de que se trata de una frase clave, en tanto refiere a uno de los conceptos centrales de la Biodanza. Me refiero, obviamente, a la identidad. No digo novedad alguna si señalo que Rolando pone el énfasis en la relación ante otro. Coherencia total con un sistema en el que el grupo no es algo opcional o secundario, sino que tiene un componente central del proceso.

Sin embargo, hay una parte de la frase que suele pasar algo más desapercibida y es la referencia a la Presencia. Rolando no dice “ante el otro”. Dice “en presencia del otro”. Ahí entiendo que está la clave. La frase no se limita a señalar la relación con el otro, no se queda simplemente en lo que está dentro del orden de lo real, es decir, cuerpo junto a cuerpo. Hasta ahí poco diferenciaría a Biodanza como camino de lo que propone una nación o un club de fútbol, en tanto espacios de encuentro con otro que se supone igual a uno mismo, o que aparece compartiendo una serie de valores (ya sea los colores del equipo, la pasión por una artista, o lo que fuera).

Rolando pone de movida el centro en algo que es muy extraño, casi raro, como es la presencia. Un grupo, ¿puede estar presente por sí mismo? Es decir, la presencia, ¿es algo que se genera a nivel del grupo? ¿Simplemente por pertenecer a un grupo ya puedo considerarme presente? No quiero subestimar las influencias positivas que pueden ejercer la música, las caricias o retro alimentación que generan ciertos vínculos. Lo que digo es que no hay algo de eso que sea posible, sin un individuo que ha tomado la decisión de recibirlo. Pensar lo contrario sería tan absurdo como imaginar que porque me reúno con un grupo de músicos, yo también lo soy. Se necesita de una decisión personal de recorrer ese camino.

Al comienzo de ese camino -y podría decir más: al comienzo de cada clase-, estamos frente a todo menos a un otro. La danza parece poblarse de fantasmas: vemos un verdugo/juez que mide y evalúa nuestros movimientos; o quizás, a una víctima a la que tenemos que ayudar a danzar, como eternos salvadores que nos imaginamos que somos. Y es solo el trabajo de presencia, aquello que va horadando esas toscas ficciones, como hace el agua con la piedra.

Hay una dimensión peligrosa. La imaginería de que si acá nos sentimos tan bien es porque tal persona que danza junto a nosotros es absolutamente especial, o porque la “onda” del grupo es maravillosa. Estamos entrenados para asignar la centralidad de lo que nos sucede a lo que nos viene del otro. Todos hemos escuchado -todos dijimos alguna vez- acerca de las distancias entre lo que sucede en el grupo y lo que sucede “afuera”, en el mundo social. Seríamos felices si el mundo se pareciera a nuestro grupo. Eso arma una nueva dicotomía, una nueva trampa.

Parece que siempre es más cómodo suponer que todo depende del entorno a soportar que lo realmente significativo, lo que cambia realidades, es la decisión de abrirse a recibir nuevas vivencias integradoras. Ahora bien, ¿no es, acaso esto último, lo que dice Rolando al poner el eje en la presencia? Todavía más. Tampoco la frase dice “nuestra identidad se revela en

presencia de otro biodanzante”.

Pero entonces, si la identidad se revela ante el otro y a la vez implica la presencia como condición central, ¿es Biodanza un camino que toma partido por lo colectivo, tal como sugiere el concepto de “otro”? ¿o por lo individual, en tanto “presente”? Otra vez aquí Rolando toma partido por la integración.

Luz-sombra (“dame tu luz”)

Esta frase de Rolando me escandalizaba. Todavía más: sentía que era el colmo del autoritarismo y a la vez la encontraba de una presunción inusitada. ¿Cómo es posible que alguien me exija a mí solo Luz? Lo veía a Rolando en youtube vestido de blanco, viajando por el mundo, danzando alrededor de centenares de personas y decía “esto no es la realidad, esto no puede ser la realidad”.

¿Cómo alguien se atreve a exigirme que solo de luz? ¿No leyó, acaso, a Jung? ¿No entiende, Rolando, que la vida es a la vez luz y sombra? Es absolutamente desequilibrado que alguien pretenda recibir solo luz, pensaba. ¿Y qué hago yo entonces con la envidia, con las dudas, con la angustia y la desesperación?

Esa frase tenía en mí un efecto inmediato. Me ponía en guardia. Me imaginaba a mí mismo llevando “un poco de equilibrio” y de cordura al movimiento biodanzístico. Yo fundaría una línea propia, en donde la sombra también tuviera finalmente su merecido lugar. Me sentía así como un justiciero, que venía a restablecer el orden, a darle sitio a la palabra injustamente olvidada. Sin darme cuenta, en mi extraño afán, dejaba que algo en mí me transformara en un defensor no ya del “equilibrio”, la “cordura” o que se yo qué, sino en un lugarteniente de la sombra.

Ahora bien, ¿se puede decir que esa frase niega la sombra? Sería un contrasentido total. ¿Qué razón habría para clamar por la luz, si en el mundo lo sombrío no existiera? Dar luz sería el “estado natural” del ser humano, algo que sencillamente no se podría evitar. Es más: el concepto luz -y hasta la palabra- no existirían para nosotros, como para el pez no existe el concepto de agua. Bastaría abrir los ojos cada mañana para que todo nuestro universo se encienda, y más aún, hasta nuestros sueños serían

solo sueños de luz.

No soy la excepción. El yo se defiende, se embrutece, se llena de ira.

¿Cuántas veces escuchamos que los relatos de vivencia de nuestros compañeros se ensombrecen? ¿Cuántas veces permitimos que vivencias transformadoras -iluminadoras- se llenen de la basura del yo con el correr de las horas? ¿Cuántas veces volvimos a reptar como bestias después de haber aceptado el desafío de volar?

Yo no sé qué habrá llegado a vislumbrar Rolando de qué es la luz -de hecho, él se reconocía como un “no iluminado”-, y tampoco es mi intención aquí hablar de un tema que me excede, como podría decirse, “a todas luces”. Sí me interesa testimoniar a través de mi recorrido que la danza te lleva a un límite que te hace necesario reconsiderar todo (o no es danza).

Y también quiero transmitir una pregunta. Si Rolando decía “dame tu luz” y al mismo tiempo hablaba insistentemente de aspectos muy sombríos de lo humano, ¿no hay ahí una contradicción? Entiendo que hay aquí una nueva superación integradora. Rolando siempre habla desde el principio biocéntrico, que es aquello que en su vida decidió que es lo luminoso. Eso es irrenunciable para él. Y desde ese principio, puede enfocar tanto sobre cuestiones que considera luminosas, como también sobre otras que encuentra sombrías.

Volvamos al momento fundacional de Biodanza. Todo el entorno que rodea a Rolando es la mismísima sombra: el cansancio, el desborde, la locura, la resistencia de las instituciones. Y Rolando no se aparta de eso, no dice “esto está mal, esto no tendría que suceder”. Sigue mirando, pensando desde lo que eligió que es la verdad que quiere expresar en el mundo.

La frase me aparece como un mantra: Quien mantiene la luz de un paradigma para enfocar lo sombrío continúa iluminando.

Una reconfiguración del mundo

Aprendiendo del modelo teórico

Si intentáramos ubicar esa identidad, está en el pasado. Así es en prácticamente todos los relatos: hay un pasado común que explica lo que somos, y podríamos decir, que le da valor y un sentido de lo único. Cada cultura –cada identidad– se piensa así. Ese pasado puede estar hecho de próceres, artistas, parientes de los que se rescata –o a veces, se les inventa– una conducta intachable, valores. Aprendemos himnos, fechas de batallas, nombres de próceres. De quienes nos rodean, en la adolescencia memorizamos canciones, modos de llevar el pelo, vestimenta. Como un segundo ADN, los patrones culturales se inscriben en nosotros, al punto de quedar allí totalmente indiferenciados. Como un tatuaje invisible, una segunda piel. El pasado se plasma en nosotros.

¿Es posible interrogar eso que se nos marca en la piel?

La identidad es lo ya hecho, lo que nos viene y nos pre-existe. De alguna manera, nos da la bienvenida, nos cobija. Esa bienvenida tiene un precio, claro: se nos demanda que habitemos allí, en los estrechos límites de un universo simbólico. ¿Cuál es el problema? Perder lo que hay más allá parece insignificante a los ojos del ego. Casi nada, al lado de la tentadora oferta que supone recibir un relato, un sentido, la ilusión de que no tenemos algo que hacer, que ya estamos ahí, que ya existimos.

Pero Rolando no cede a la tentación. Y ubica la identidad en la cima de todo. Eso es una operación que debe sacudirnos. Y nos lleva a una pregunta fundamental que, según José Luis Parise, se han realizado todas las Iniciaciones, y que en Occidente se encargó de formular el psicoanálisis Lacaniano. ¿Se puede decir que hay Alguien antes de Iniciar un Camino? El gráfico es muy claro al respecto. La identidad aparece como algo a lograr. ¿Y qué es entonces lo que hay al comienzo del camino? ¿Ideales sólidos? ¿Argumentos constituidos? ¿El diploma de honor que se consiguió en la universidad? ¿El boletín de calificaciones del colegio secundario? No hay siquiera una de aquellas cosas que el yo considera apostables, de esos objetos que el yo atesora, considera sólidos y alrededor de los cuáles teje sus cárceles. No hay frases del tipo de... “YO SOY una persona que considera que...”, “en el año xxx, YO recibí la distinción de...”.

Miremos otra vez el gráfico. Estamos al comienzo del camino y no hay una sola cosa de esas a las que nos aferramos en la vida que estén ahí para asistirnos.

Vislumbrar esto en el gráfico me permitió comprender algunas cuestiones del proceso en Biodanza. Recuerdo cuando llegué a las clases de Emilse en Belgrano. Estaba aterrado. Me metí en el baño de un Mc Donalds –con la excusa del vaciado fisiológico- y mientras me lavaba las manos, como abrumado por la luz artificial y el olor a amoníaco, me miré al espejo y no me reconocí. ¿Qué hacía ahí? ¿Qué buscaba en ese templo de lo prefabricado que es un Mc Donalds? ¿Por qué había buscado refugio –asilo- en esa atmósfera hueca y conocida? Estaba a tiempo de decir que no, que mejor otra vez, de volver a casa, comprar pizza, buscar en la televisión algún programa político en el que dos bandos se ametrallaran con argumentos, convencerme de los convencidos, sumergirme en el odio hacia el bando opuesto y dormirme repleto de queso, cerveza y frases repetidas. Algo me hizo caminar esas tres cuadras, tocar el timbre, atravesar la entrevista en la que me encargué de hablar de mi entusiasmo por la danza y lograr depositar mi cuerpo en la ronda inicial, en un punto de no retorno. Si hubiera podido atornillar mis rodillas al piso, lo hubiera hecho.

Recuerdo –tiempo después- las presentaciones de lo que ingresaban (se sumaban a la aventura). Cada uno tenía su particular forma de entregarse y de resistirse a la vez. Recuerdo compañeros que hablaban –algo etéreamente- de sus búsquedas, que esgrimían títulos universitarios, cursos, experiencias con drogas alucinógenas, todo un despliegue de valentía dicho con manos temblorosas rodillas al pecho, brazos cruzados y gargantas cerradas. Los viajes imposibles y el éxito en la profesión parecían juegos de niños al lado del salto al vacío que es sentarse en una ronda –sobre colchonetas y almohadones- a realizar esa extraña cosa de hablar de uno mismo.

Miro otra vez el gráfico y entiendo ese vértigo. Quien se sienta por primera vez en una ronda está en el límite de lo que el yo cree que es sólido. Más allá de eso –aún cuando no podamos conceptualizarlo-, para el yo todo es incierto, insustancial, etéreo, tal cual muestra el gráfico las líneas de vivencia que suben bamboleantes como volutas de humo.

Así estamos: con una cierta consciencia de que en minutos empieza la música y de que todo lo que –en nuestra tierna ilusión cotidiana- creemos sólido, se desvanecerá en el aire.

Para colmo si uno mira bien el gráfico, entre el caos de abajo y la identidad no hay alguna de las certezas que busca el yo: no hay marcos, no hay caminos sólidos pre-trazados. Tampoco hay algo similar al tipo de instrucción que busca el yo cuando está perdido. No hay GPS, ni líneas

rectas, ni giros rectos de 90 grados. Todo lo que hay es movimiento. Cinco líneas danzan, ascienden y se entrecruzan en el mismísimo aire.

¿Y qué hay más allá? Volvamos al gráfico.

La Identidad Integrada es una promesa fresca, que conmueve y alienta a seguir. Un norte. Arriba, en lo que sería el cielo del gráfico, algo así como la Tierra Prometida, para tomar un mito Bíblico. Mientras lo miraba, por esos días, podía sentir una cierta aceleración en el cuerpo, una sed sutil y persistente, como un talismán que imanta y conmueve, y que en parte me hizo avanzar en la escritura.

Sentí un sonido de cascada, la alegría desmesurada del vuelo, y en el trance de la escritura ese vuelo se transformó en danzas vivenciadas en el jardín de Haedo tres años atrás, que aparecían con nitidez y con aires nuevos. Me dejé impregnar de esa imagen, que confundía pasado y futuro. De pronto, eso que mi yo creía pasado –tiempo cronos-, aparecía como un sonido que me empujaba al futuro (¡a llenar y habitar nuevas palabras!).

En una entrevista a Liliana Herrero, escuché una de esas frases maravillosas sobre la tradición, que encubría una reflexión muy aguda sobre el tiempo. Decía Herrero –soldando su universo, en un trabajo de herrería sutil-, que hay que entender que Gardel, García, Leguizamón, Yupanqui están en realidad adelante (y no en el pasado). Todo aquello que nos conmovió en la Vida, es futuro, está por descubrirse, es un don del que tenemos el deber de apropiarnos e imprimir allí lo nuevo.

Pero tampoco es cierto que no haya estructura. ¿No es evidente que lo que hay ahí son exactamente dos pares de dialécticas? Claro, se me dirá no es en lo que desde el sentido común confiaríamos al emprender un viaje. En general, tendemos a depositar la fe en chequear las ruedas del auto, en revisar el tren delantero. Difícilmente pensemos garantizar una adecuada relación entre músicas que produzcan un efecto regresivo y otras que acentúen la identidad. Tampoco tratamos de mirar a donde está el caos y hacia qué dirección el orden. Más bien nos confirmamos con escribir “Mar del Plata” en nuestro GPS y hacia ahí nos dirigimos, creyéndonos que la playa está el orden, mientras viajamos envueltos en caos.

Pero lo cierto es que ahí hay estructura. Es un viaje hacia liberarse, pero no es un viaje libre -en el sentido de libre albedrío. Un viaje montado en dialécticas propias. ¿Por qué digo que son propias? No hay algo allí que

pueda reducirse a bueno o malo. La afirmación es tan necesaria como la regresión y en su inter juego es que se produce el movimiento.

Rolando monta su vuelo sobre el vacío. Eso nos dice el gráfico. ¿Cómo es posible? ¿No hubiera sido más lógico desplazarse hacia la izquierda de la hoja mientras se emprende el vuelo? Si el vuelo no fuera hacia arriba, sino un despegue en diagonal, como hacen los aviones, el destino -ahí donde se alcanza la integración- estaría completamente a salvo del caos. Hubiera sido un destino más tranquilizador. Un buen efecto de marketing. Biodanza nos permitiría viajar a un lugar en el que ese agujero “feo” ya no tendría poder para hacernos caer otra vez. ¿Cómo puede ser que a Rolando no se le haya ocurrido algo así? Hubiera sido la salvación. ¿O quizás no quería salvarnos?

Todo el despliegue del vuelo -con toda la belleza de esas líneas que se despliegan y hasta parecen danzar- se realiza sobre ese “espantoso” laberinto que está en la base, como un recordatorio de que la caída siempre es una posibilidad. ¿Y si fuera esa noción, ese temor siempre posible, lo que nos impulsara todavía más a continuar con la danza?

El vuelo asciende en un perfecto espiral y nos resulta bello. El caos es laberíntico, aterrador. Y sin embargo, cada uno tienen su lugar en el gráfico. Rolando solía decir que la gente teme perderse y que no advierte que perderse es la única forma de encontrarse.

Vuelven las palabras de Rolando: “Biodanza nace de la angustia, de la desesperación”. Y me da la impresión de que no está hablando de algo como un suceso histórico, de algo que podamos situar en una fecha y que le haya ocurrido a una persona llamada Rolando Toro en un tiempo cercano al nazismo. La angustia y la desesperación -a la luz del gráfico- es el motor principal por el que una persona se decide a realizar un vuelo tan osado. Es aquello que me impulsó la noche en que pretendí refugiarme en el baño del Mc Donalds de Cabildo y Monroe, a caminar las tres cuerdas hasta el estudio en el que me esperaba Emilse, y es también lo que mueve a cada persona que toma la decisión de sentarse en una ronda a hacer algo tan extraño como ponerse a hablar de sí mismo.

Conclusión

El pensamiento de Rolando es danza. No es especulación filosófica, reconcentrada. Es, en cambio, estrategia, plan, de un extraño guerrero pacifista (el oxímoron vale, él mismo hablaba de lanzar una “bomba de amor”). Es la hoja de ruta de quien se decide salir a la aventura. Eso es lo que hace que leerlo y escucharlo produzca un extraño vértigo: Rolando se mueve –y por momentos, nos mueve- aun sentado en un sillón frente a una cámara. Escucharlo es un viaje, en el que todas nuestras coordenadas transmutan. Y produce ese efecto de desorientación. Todo en Rolando es movimiento.

Hay videos en donde Rolando danza con más de ochenta años. Aun cuando hay limitaciones físicas en su danza, está lleno de momentos en los que despliega frescura, que enciende a las personas que lo miran, que contagia y llama a sumarse. Con más de ochenta años, Rolando está elaborando la categoría de Inconsciente Numinoso, descubriendo que hay un núcleo de represión en el humano que continuamente se enfrenta y pretende dejar afuera a la “grandeza del hombre”. En la cercanía de la muerte física, Rolando sigue formulando preguntas.

El cuerpo de Rolando danza porque todo en él –palabra, pensamiento, emoción- se mantiene en continuo movimiento.

Al mismo tiempo, la danza de Rolando nunca se agota en el cuerpo. Es una danza sutil, a la que entra desde preguntas y de la que vuelve con palabras renovadas.

La danza de Rolando es un viaje porque parte siempre desde interrogantes nuevos, como quien decide consultar un oráculo.

La escena fundacional de Biodanza –en el neuropsiquiátrico- es un holograma que contiene gran parte de su misterio. Rolando rompe todos los esquemas: ni se conforma con elaborar una teoría musical –como hacen los “intelectuales”-, ni es un improvisado, que se lanza “a ver qué pasa” a pura intuición. Rolando tiene un plan –una estrategia- y desde ahí, entra al campo, pone el cuerpo.

Palabra, pensamiento y acción están en un diálogo continuo, retroalimentándose. Hay una idea que se plasma. Y lo que la sesión le devuelve, trae nuevas preguntas.

Cuando se encuentra con la crítica de las enfermeras, Rolando hace algo

inusual. No cede ante la institución –que parece gritar “estás equivocado, Rolando, no es por ahí”-, ni se deja llevar por el enojo, por el automatismo de defenderse poniendo el problema en el otro. Reconoce que algo falló y busca las causas desde sus propias categorías, armando su propia dialéctica. Por eso años, Rolando avanza, siempre, atravesando el error.

Ahí –recién ahí-, el pensamiento deviene danza, la danza corrige y afina el pensamiento. Y todo el universo se enciende.

Referencias bibliográficas

Parise, José Luis (2012). *El viaje Iniciático*. De los cuatro vientos.

Parise, José Luis (2011). *El Otro Camino*. De los cuatro vientos.

Spinoza, Baruch. (1966). *Tratado Teológico-político*. Tecnos.

Deleuze, Gilles. (2004). *En medio de Spinoza*. Cactus.

Deleuze, Gilles. (2004). *Spinoza: Filosofía Práctica*. Tusquets.

Jung, Carl G. (1976). *El hombre y sus símbolos*. Caralt.

Toro Araneda, Rolando (2012). *La inteligencia afectiva*. Cuarto propio.